

06.- Introspección

Tedar

Tedar Teraise se desconectó de la realidad virtual. Progresivamente, las nanomáquinas insertadas en su cerebro cancelaban la inserción de las falsas señales sensoriales correspondientes al entorno virtual, restaurando así la conexión con sus sentidos. Ya veía con claridad su despacho: una reducida estancia, revolucionada por una económica inteligencia artificial (IA) decoradora. El silencio y los opacos ventanales de cristal oscuro la convertían en siniestra. Pudo incorporarse enseguida ya que, durante la conexión, la poltrona sobre la que descansaba su cuerpo mantenía en buen estado sus músculos. Su cabeza era otra cuestión. La inclinó hacia delante y la apoyó entre las manos durante unos segundos. Extenuado por la larga jornada de trabajo, no sabía cuanto tiempo llevaba conectado ni le importaba, pues apenas abandonaba el mundo virtual. Desenganchó la sonda que sumía sus rastros fisiológicos y se ajustó un cómodo pantalón preparado para esas vicisitudes. Se quedó sentado, inmóvil. Se encontraba mal, verdaderamente mal; no sólo por cansancio. Unas náuseas y una terrible desazón le invadían siempre al desconectarse. El dinamismo y seguridad que sentía en la realidad virtual se sustituía por una mezcla de angustia y desidia; y cada vez era peor. No porque fuese feliz en la realidad virtual, si no porque al menos se mantenía ocupado. Al volver a casa, el impacto físico e intelectual contra el mundo real le sumergía de nuevo en su pozo negro particular. Aunque quería, no podía levantarse. Un escalofrío y un sudor frío le recorrieron la espalda, porque se conocía bien a sí mismo y vaticinaba el largo rato de malestar que le aguardaba.

Encontró fuerzas para ponerse de pie. Un tabique de plástico flexible se plegó y le permitió el paso al resto de su apartamento de semilujo. Vagó por el reducido espacio habitable. Los robots de limpieza mantenían todo pulcro y limpio. Su sufrido trabajo como ingeniero de seguridad de datos le proporcionaba un buen salario. Últimamente se implicaba aun más horas, pues participaba en el montaje de Datum, la que se pretendía que fuese la base de datos más importante conocida. Formaba parte del inmenso contingente de empleados que diseñaba y montaba las defensas; una complicada labor que se le daba muy bien: era uno de los mayores expertos. Su total dedicación lo apartaba del mundo real, cosa que por un lado agradecía, pues así huía de la pesadumbre que le abordaba en el mundo físico; y por otro lado aborrecía, pues se veía atrapado en un círculo vicioso. Su relación de amor odio con la realidad virtual la expresaba a través de su propia decoración. Una proyección dinámica dominaba el centro del salón. Un idílico paisaje repleto de vigorosos animales que corrían, jugaban y saltaban, en una disposición imposible en el mundo real: las leonas ayudaban a las hienas a recoger plátanos de los árboles; las jirafas acumulaban montones de comida en el suelo; los rinocerontes empujaban rocas de un lado para otro; y un sin fin de disparates que nunca se repetían. La cuidada estética contrastaba con su sinsentido. En el cielo de ese paraje fantástico, una figura rompía la armonía del cuadro: algo que asemejaba a un ser humano gris y pálido, con una gran cabeza calva y brazos pequeños, enjuto, triste y enfermo. Tedar amplió la proyección hasta ocupar toda la sala. Entre otras muchas analogías, el paisaje representaba la idealización en la realidad virtual y la figura del hombre gris un ser humano conectado. La cara obra no era si no una burla de la condición del hombre moderno, al menos de aquellos como él mismo.

Vida social

A Tedar le atormentaba interpretar los síntomas físicos de su malestar: a veces se sentía al borde del desmayo, otras a punto del derrame cerebral, en otros momentos su corazón parecía detenerse. Una multitud de sentimientos aprensivos que no tenían que ver con nada en concreto le torturaban.

—¡Mierda! —pensó—. No podré dormir ahora. Tengo que evitar pensar. Echaré un vistazo a la mensajería entrante.

Con un pensamiento, el paisaje onírico de animales volvió a su tamaño normal y en él se superpusieron los iconos de su buzón personal de mensajes, su único resquicio de vida social. Los nodos de comunicaciones repartidos por toda su casa —en realidad por todas partes— se comunicaban con su enconector mediante ondas electromagnéticas. El enconector era el conjunto de nanomáquinas insertadas en su cerebro que, no sólo le capacitaban para entrar en la realidad virtual con un grado de inmersión total, también para dar órdenes mentales. Tedar no dudaría en colocarse otros millones de nanomáquinas si con eso mejorase un ápice su funcionalidad, pero aun así seguían sin gustarle lo más mínimo. Cuando se conectaba a nivel de inmersión uno para trabajar con los programas inteligentes (PI), esas pequeñas máquinas forzaban su cerebro para hacerlo funcionar a escala de tiempo virtual, acortando su vida útil. El acelerado envejecimiento del cerebro se compensaba con la ventaja de poder hacer más cosas en menos tiempo. Tedar era consciente de los mensajes entrantes porque las notificaciones le llegaban directamente al cerebro. Le gustaba revisarlos de uno en uno. El primero le decepcionó; su remitente era un compañero de trabajo al que detestaba.

—¡Qué pesado! No para de invitarme a participar en ese club de idiotas. Tendré que ser aun más grosero con él para que me deje en paz.

Se refería a una invitación a pertenecer a una comunidad virtual, la manera en esos días de relacionarse socialmente. Personas de cualquier parte del universo con intereses comunes mantenían el contacto o bien organizaban actividades en la realidad virtual. Las había de todo tipo, desde aquellas que reunían a los interesados en ver conjuntamente retransmisiones deportivas en una sala virtual privada, hasta comunidades con una vinculación tan profunda entre los miembros que podían considerarse auténticas familias. Tedar era miembro inactivo de varias comunidades. Agradecía el hecho de poder ofrecer una imagen personalizada en cada una, y el poder desvincularse tan fácilmente. La invitación le pedía incorporarse a Zaratustra, una comunidad de intelectuales para debatir sobre la sociedad desde un prisma crítico.

—Ni en mil años me dignaría a charlar con esos enterados. Pierden el tiempo que les permite su acomodado nivel de vida en hablar y meterse química, en vez de informarse de lo que hablan y de la química que se meten. Hedonistas venidos menos... son obesos de la queja. Apoltronados sobre sus traseros consumen filosofía barata y servicios de entretenimiento para intelectuales de tres al cuarto. Se reúnen como si pretendiesen llegar a alguna parte. Aunque, ¿de qué me quejo yo? Soy mucho peor, al menos ellos disfrutan. Un disfrute vacío y estúpido, pero disfrute. La jornada laboral de una persona hoy día no sobrepasa las cuatro horas diarias, mientras que yo trabajo más de doce. Y sólo me tomo algún día de descanso cuando me siento tan mal que no puedo ni siquiera conectarme. ¿Hago esto porque las dificultades que me encuentro me suponen un reto? Y una mierda. Lo hago porque me mantiene ocupado. Así no tengo que relacionarme y me olvido de lo miserable que es mi vida. Podría eliminar mi ansiedad con química. Sólo necesito beber los líquidos adecuados y dar la orden a las nanomáquinas que tengo en el cuerpo para que me otorguen el bienestar continuo. Pero entonces dejaría de ser yo. He visto lo que les ocurre a los que lo hacen. Se convierten en el ser

humano medio, contento consigo mismo, rumiante de servicios y perdido en el océano de productos audiovisuales. ¿Cómo van a tener coraje, si la sensación de felicidad es inducida? Ya es posible incluso borrar centros de memoria, para poder ver reírse una y otra vez con los mismos chistes en un bucle estúpido. No. Prefiero morir de asco antes que ser un vegetal intelectual.

Tedar no sólo tenía reticencias hacia los miembros de Zaratustra. Encontraba cada vez mayores dificultades para entablar amistades. Si no trataba sobre algo técnico, apenas podía mantener la atención en una conversación por mucho que se esforzase. Debía esmerarse para construir una frase socialmente aceptable, pero que al final acababa siendo tan artificial que extrañaba a su interlocutor. Al final se deshacía, limitándose a asentir hasta que el otro se hartaba. Pero algunos no se cansaban, por eso aun recibía invitaciones a comunidades.

Por lo que respecta a los PI con los que cooperaba, sabía de buena manera lo inútil que era intentar entablar amistad. A los no habituados a trabajar con ellos podían parecerles humanos, pero excepto contadas excepciones, eran fríos, dóciles e impersonales. Casi todos vinculaban el interés en el trato personal al beneficio en ur (unidades de recurso). Tedar trató de recordar cuando recibió por última vez un correo de alguno de sus antiguos amigos de verdad, uno de aquellos con los que se entendía y pasaba buenos ratos, antes de que se abandonase definitivamente a la desidia y la abstracción. No se le pasaría por la cabeza volver a contactar con ellos. Sus intereses eran ya otros y las cosas no encajarían. Mejor no estropear el recuerdo. Ni siquiera contestaba a los esporádicos mensajes de saludo. Retrasaba tanto su respuesta que ya le parecía vergonzoso responder. Se preguntaba porqué no respondía, si se ilusionaba al recibirlo; y al final llegaba a la misma conclusión: ya no le importaba lo que pasase en el mundo, sólo le gustaría que le importase. De puro nervio, Tedar se reía de la contradicción que le atenazaba: se sentía solo pero no soportaba a nadie. Miraba el mensaje de su compañero de trabajo sin verlo. Lo borró.

—Además, el tipo es un inepto. Estorba más que ayuda. A menudo me toca a mí deshacer sus entuertos. De hecho, me toca deshacer los entuertos de todos. Aunque hay algo bueno: resuelvo los problemas y hago mi trabajo de la forma que más me apetece, y mucho mejor que cómo dictan todas esas absurdas normas y estándares de calidad. Resulta gracioso. Los altos cargos no pueden evitar que haga lo que quiera, porque soy el único imprescindible.

En su competitivo entorno de trabajo no quedaba lugar para favoritismos: los puestos más críticos se reservaban para los más aptos, y Tedar ocupaba un puesto crítico. Encontraba soluciones como nadie, pero se sentía frustrado porque, a pesar de ser considerado como inteligente y resolutivo, no conseguía la aprobación de sus compañeros. No transmitía confianza a aquellos con quienes trataba directamente. Era consciente de su total falta de carisma.

Dio paso al siguiente mensaje, uno que, nada más ver su remitente, le hirió de verdad.

Lilena

Era Lilena, su reciente expareja. El huraño carácter de Tedar no impedía que su personalidad tuviera cierto atractivo para las mujeres, tal vez porque no se mordía la lengua o por su ácida claridad de ideas cara a la galería, o por cualquier otra razón. El caso era que, muy de vez en cuando, alguna mujer se interesaba por él, y él por ella. Esas relaciones se ajustaban siempre al mismo esquema: en una época de optimismo él se abre un poco y alguna mujer le llama la atención. Todo va bien hasta que su entusiasmo se desinfla y pierde el interés, dejando la relación de lado hasta que ellas se hartan. Todo ese ciclo se completaba cada vez más rápido. Por

supuesto, eran relaciones a distancia, como la mayoría, pues si bien las IA facilitaban el encontrar a alguien en el ciberespacio con tus mismos gustos, era improbable que esa persona se encontrase próxima físicamente. Otro problema era que los juegos sexuales posibilitados por la inmersión en la realidad virtual y el uso de química no eran del todo satisfactorios, por lo que era práctica común y consentida que cada miembro de la pareja tuviera relaciones sexuales físicas con otras personas. Lilenia lo hacía, pero a él no le importaba, porque el sexo no le interesaba ya. Añoraba volver a sentir —si es que las había sentido en algún momento— la felicidad y calidez de un amor. Pero al final caía siempre en lo mismo: más que quererlo, le gustaría quererlo. La ausencia de amor le hería de verdad. Pensaba que le bastaría para ser feliz el estar junto a alguien, tener la necesidad de volcarse sin necesitar a nadie y nada más; pero presentía que no lo conseguiría jamás. Comenzar una relación se le antojaba una empresa inabordable. Visualizó el contenido del mensaje. Era sólo voz: "Sólo quería saber como estás. Hace un par de semanas que no se nada de ti." La gran angustia y desesperación de sentirse solo le trajo un hondo pesar que no podía soportar. Se sentía terriblemente solo.

—¿Porqué me engaño? ¿Cómo voy a conquistar a una mujer si yo mismo soy el problema? No se trata de encontrar a la persona adecuada, o de compartir gustos, se trata de mí... Siempre lo estropeo todo, y cada vez me importa menos el daño que hago. Lilenia es maravillosa y tuve suerte de gustarle; ¿por qué trabajaba en vez de responder a sus últimos mensajes? ¿Por qué en el fondo me importa tan poco que ella sufra? De nuevo el problema recurrente: es mi mente la que lamenta y no mi corazón. ¿Qué solución puede haber? He sido afortunado de haber tenido pareja alguna vez.

Su cuerpo

Le sobrevino un punzante dolor de cabeza. ¿Causado por las nanomáquinas? Se restregó la mano por la frente y las sienes. Sabía de sobra que era imposible notar su presencia, y en ningún caso ocasionaban jaquecas; aunque sí era muy consciente del daño acumulado por el sobreesfuerzo en sus neuronas. Volvió el malestar físico. ¿Y si le pasaba algo y moría en ese momento? Fallecería sólo, tirado en el suelo. Al menos no se pudriría, pues las alarmas de su vivienda avisarían a la policía.

—A mis treinta y nueve años aparento diez menos, pero me siento un anciano. Tengo más nanomáquinas en el cerebro y el resto del cuerpo que nadie que conozca. Mi esperanza de vida sería de ciento veinte años si no forzase el cerebro en la realidad virtual. Ya apenas quedan enfermedades que la tecnología no pueda curar. La degradación del cerebro es lo único que puede matarme, convirtiéndome en un vegetal poco a poco. Bajo a niveles intermedios siempre que puedo, para trabajar a escala de tiempo humana; pero es imposible saber cuánto aguantaré, unos veinte años más a lo sumo. En otra época hubiese dicho que eso es desperdiciar tu vida... no, no creo que nunca hubiera dicho eso.

El exterior

Tedar contemplaba su ventanal. Estaba sellado, así que elucubró que era de día. Para confirmarlo, activó su enconector y lo conectó con los sensores del exterior del apartamento. La información se redireccionó a sus sentidos y su percepción del entorno cambió por completo: su apartamento desapareció y se encontró en el exterior. Un frío asesino le golpeó, aunque no tan mortal como si estuviese fuera

realmente. Atardecía, enrojeciéndose el cielo y oscureciéndose la densa vegetación. La ladera de la montaña que debería estar ocupada por su apartamento y los de sus vecinos se mostraba desnuda. Al borde del ocaso, la pareja de estrellas que daba luz a su mundo: una pequeña enana blanca que giraba cada pocas horas sobre su hermana naranja. La extrema gravedad de la pequeña atraía gas de la grande formando un cinturón a su alrededor y causando frecuentes fognazos, tan intensos que dañaban los ojos si no se filtraban con el enconector. Tedar quiso ver el paisaje real. Desactivó el enconector, retornando a su apartamento. Verificó que no se esperaba ningún aumento de intensidad de las estrellas y cambió la polaridad de los cristales. Observó el mismo paisaje que antes, esta vez sin manipulación. Las cosas parecían más crudas y todo estaba inmóvil, en silencio. Hacía más frío aun y la vegetación llenaba los espacios entre apartamentos ahora visibles. Las viviendas cubrían la ladera de la montaña; todas iguales, prefabricadas y colocadas en tiempo récord por robots. Podrían levantar otra urbanización en la ladera de enfrente en menos de un mes. Los huecos entre apartamentos se rellenaban con una clase de vegetación que casi podría considerarse de plástico, por la radical manipulación genética necesaria para su supervivencia en esa atmósfera. A pesar de estas dificultades, este era Ancaras, el mundo mejor terraformado del universo y uno de los pocos en los que se podía salir a piel desnuda al exterior si el aire y los soles estaban en buenas condiciones, aunque siempre con un respirador especial. A Tedar le asqueaba la aridez del terreno. Nunca salía; y eso que sólo el planeta Tierra permitía mejores comodidades.

Comprobó el siguiente mensaje: la presentación de un nuevo vecino. Cuando alguien llegaba a una urbanización pudiente de aquella zona, era costumbre grabar una presentación para que le conocieran sus vecinos. Algunos se gastaban una pequeña fortuna en eso.

—Un nuevo vídeo ridículo —rió Tedar—. La gente tiene tanto miedo de los demás hoy en día, que para sentirse seguros se han inventado el sistema de bienvenida. El ciberespacio no solo acerca a las personas lejanas, también aleja a las más cercanas —en una analogía directa con las tecnologías de computación, Tedar llamaba a esto sociedad de acceso aleatorio ó relaciones direccionadas—. Nadie conoce a su vecino. Se ha convertido en una presencia molesta, alguien que no comparte tu misma filosofía de vida y del que no te puedes desvincular.

Tedar nunca prepararía una presentación, lo que le valía la desconfianza y el desdén de los vecinos. Al él no le importaba, porque ni siquiera salía a las zonas comunes bajo cúpula.

—Cuando me cruzo con algún vecino, noto su desprecio. Saben perfectamente quién soy. Hablan entre ellos. Pero creo que en el fondo envidian mi libertad, el hecho de que ellos necesiten mostrar una buena imagen y yo no. Por eso me odian.

Mundos virtuales

No tenía más mensajes, lo que le pareció patético. Justo en ese momento, una notificación le llegó al cerebro: una nueva herramienta de creación de mundos virtuales estaba disponible. Tedar configuraba sus programas no sólo para que le advirtiesen de las últimas noticias, si no también para que encontrasen lo que pudiera serle de interés e informarle directamente al enconector. No se trataba de una simple búsqueda por comparación de palabras; las IA sondeaban el ciberespacio en busca de ideas y conceptos relacionados con sus anteriores búsquedas de una manera que escapaba a los prejuicios y limitaciones de la mente humana. Funcionaba tan bien que ya casi no buscaba por sí mismo.

Era aficionado a crear mundos con sus propias reglas y objetivos. Trabajaba en un conjunto de entornos virtuales bautizado por él como Espíritu. En él, el visitante

recorría niveles variopintos: el interior del vientre de una embarazada, una colmena de extraños insectos, un rocambolésco hotel donde los objetos tenían usos distintos a los que cabría esperar... Todas experiencias en el fondo relacionadas, diseñadas para reflexionar sobre uno mismo y aprovechar al máximo la calidad de la conexión. Un proyecto demasiado personal para presentarlo en alguna competición, pero que implicaba mucho trabajo. Tal vez la nueva herramienta le ayudase, pero de momento no tenía ánimo de revisarla.

Sus orígenes

Tedar no encontraba manera de aliviar su pesar. El miedo profundo a un futuro nada halagüeño recorría su cuerpo. ¿Cuándo se alimentó por última vez? Ordenó a la domótica de su apartamento traer una bebida de cacahuete y miel; eso activó en la cocina el mezclador de líquidos, que la sintetizó en breves segundos. Un robot con forma de araña patiocorta recogió la bebida con un brazo extensible y se la llevó sigilosamente a su dueño, que bebió un trago y la dejó en un rincón de suelo. El robot conocía sus modos, así que no la retiró. Tedar sólo bebía líquidos. Le asqueaban los alimentos sólidos y le repudiaba la idea de tener comida recorriendo sus intestinos para excretarla. No era perjudicial, pues los compuestos sintetizados eran muy sanos: aportaban la cantidad de nutrientes necesaria y además tenían en cuenta sus constantes biométricas, previniendo enfermedades y retrasando el envejecimiento. Se desesperó.

—Es para partirse de risa. Me frustran mi trabajo de mierda y los falsos placeres inyectados de la realidad virtual; pero me repudian aun más mi cuerpo, mi apartamento y el mundo exterior.

Trató de deducir por qué era así, por que él vivía apesadumbrado al borde del precipicio y sin embargo los demás se sentían felices. Le vino a la cabeza la imagen de sus progenitores. Aun mantenía contacto con su padre, Calei Urunovir, alguien completamente distinto a él e ilusionado por la vida. No intentaba cambiarle ni le criticaba, por eso mantenían una buena relación. Sin embargo, hacía años que no se hablaba con su madre, Blenda Teraise. Nunca se habían sentido unidos. Las cosas no funcionaron bien desde el principio. Ella ni siquiera quiso gestarlo dentro de su vientre. Descubrió el porqué espiando sus conversaciones en el ciberespacio: ella no quería hijos, fue Calei quien la convenció, y acabó arrepintiéndose de tenerle. Averiguarlo le traumatizó. A partir de entonces comenzaron las pesadillas, el displacer y los miedos.

—¿Es eso todo? ¿Eso destroza la vida de una persona? No... —recordó más—. Siempre tuve un carácter retraído. Me gustaba la tecnología y me aislaba. Desconfiaba de los demás y los demás de mí. Era un bicho raro, pero me satisfacía saber más, por eso no le gustaba a mi madre. Esa zorra quería un niño guapo, que impresionase en sociedad. Pero... ¿qué importa eso ahora? Podría vivir de otra manera pero no quiero cambiar, por que cambiar significaría ser lo que tanto he odiado siempre: un cretino normal. Prefiero morir de sufrimiento que convertirme en eso. Nada cambiará nunca. No hay vuelta atrás, los últimos cartuchos se agotaron con Lilenia. Ojala llegue pronto la posibilidad de conectarse el cien por cien del tiempo a la realidad virtual, así al menos se acabará la sensación de vacío que se queda al desconectarse. Deseo abandonar este mundo obsoleto de una vez por todas, trascender mi cuerpo y convertirme en lo que yo quiera cuando quiera, sin miedo, sin ataduras.

Pero no podía desvincularse de su humanidad ni de sus contradicciones. Miró hacia atrás en su vida y sintió otro escalofrío, pues sentía no haber conseguido ninguna meta personal. Se movió rápido por su apartamento, tratando de llegar a ningún sitio. Miró al futuro y se sintió incapacitado. Pese a su estado nervioso,

sintió un cansancio repentino: su cuerpo llegaba al límite de las fuerzas. Se tumbó sobre el suelo mullido de su dormitorio. No necesitaba arrojarse. Sonaba una deprimente melodía y agradables olores perfumaban el ambiente. Agazapado como un animal desvalido, no quería pensar más ni en el pasado ni en el futuro, solo preocuparse del presente. Debía continuar el montaje de la base de datos, que llegaba a su fase crítica. Cuando fuese necesario reanudar su intervención, se le avisaría a través de su enconector. Pensó en las tareas atrasadas, en lo lentas y erráticas que eran las empresas que suministraban los datos, en todo el tiempo invertido en Datum, en todo el trabajo restante. Y en medio de esa meditación se durmió.